LIBROdot.com

ROBERT LOUISE STEVENSON

MARKHEIM

—Sí —dijo el anticuario—, nuestras ganancias inesperadas son de varios tipos. Algunos clientes son ignorantes, y entonces los dividendos vienen de mis conocimientos superiores. Otros carecen de honradez —aquí mantuvo en alto la vela de modo que la luz cayera directamente sobre el visitante— y, en ese caso —continuó—, saco provecho de mi virtud.

Markheim acababa de entrar, dejando atrás las calles iluminadas por la luz del día; sus ojos no se habían acostumbrado aún a la mezcla de claridad y negrura que había en la tienda. Ante aquellas palabras filosas, y debido a la cercana presencia de la llama, parpadeó penosamente y desvió a un lado la vista.

El anticuario rio entre dientes.

—Viene a verme en navidad —prosiguió—, cuando sabe que estoy solo en casa, que he cerrado los postigos y decidido rehusarme a todo negocio. Pues bien, tendrá que pagarlo; tendrá que pagar mi pérdida de tiempo, pues debería estar dedicado al balance de mis libros. Tendrá que pagar, además, por un tipo de comportamiento que hoy noto muy preponderante en usted. Soy la esencia misma de la discreción, y nunca hago preguntas molestas; pero cuando un cliente es incapaz de mirarme a los ojos, tiene que pagar por ello —el anticuario rio entre dientes una vez más. Luego, volvió a la voz que usaba para negociar, aunque conservando una nota de ironía—. Como siempre, podrá usted explicar claramente cómo vino el objeto a su poder ¿verdad? —continuó—. ¿El gabinete de su tío todavía? ¡Un coleccionista muy notable, señor mío!

Y el pálido y pequeño anticuario de hombros caídos se puso casi de puntillas, mirando por encima de sus anteojos de oro y moviendo la cabeza de arriba abajo con plenas muestras de incredulidad. Markheim devolvió aquella mirada con otra de piedad infinita, en la que había un toque de horror.

—Esta vez —dijo— se equivoca. No he venido a vender, sino a comprar. No tengo ningún objeto curioso que ofrecer; el gabinete de mi tío está vacío hasta el último anaquel. Pero incluso aunque estuviera intacto, me ha ido bien en la bolsa de valores, y muy probablemente lo enriquecería y no lo contrario. Mi propósito hoy es de lo más sencillo. Busco un regalo de navidad para una dama —continuó, ganando en fluidez mientras pasaba al discurso que había preparado—. Desde luego, le debo toda clase de disculpas por así molestarlo, tratándose de un asunto tan menudo. Pero ayer me olvidé del caso y hoy, a la comida, debo presentar mi pequeño obsequio. Como usted bien sabe, no es cuestión de descuidar un casamiento ventajoso.

Vino una pausa, durante la cual el anticuario pareció sopesar con incredulidad lo anunciado. Llenaron aquel intervalo de silencio el tictac de muchos relojes colocados entre el curioso amontonamiento de la tienda, y el leve paso de los coches de punto por una calle cercana.

—Bien, señor —dijo el anticuario—, así sea. Después de todo, es usted un viejo cliente. Y si, como afirma, tiene la oportunidad de un buen matrimonio, lejos esté de mí el volverme un obstáculo. He aquí un bello objeto para una dama —continuó—, este espejo de mano...siglo XV garantizado. Viene, además, de una buena colección. Me reservo el nombre en bien de mi cliente que era, justo como usted, mi querido señor, sobrino y heredero único de un coleccionista notable.

El anticuario, mientras así hablaba con su voz seca y mordiente, se había agachado para tomar de su lugar el objeto. Mientras hacía esto, un sacudimiento pasó por Markheim; un movimiento a la vez de las manos y de los pies, una aparición súbita en el rostro de muchas

pasiones tumultuosas. Se fue tan rápido como había venido, no dejando más huella que un ligero temblor de la mano que en ese momento recibía el espejo.

—Un espejo —dijo roncamente; hizo una pausa entonces y repitió con mayor claridad—. ¿Un espejo? ¿Para navidad? De seguro que no.

—¿Y por qué no? —exclamó el anticuario—. ¿Por qué no un espejo?

Markheim lo miraba con una expresión indefinible.

—¿Me pregunta por qué no? —dijo—. ¡Pero mire... mire en él... mírese! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! Y a mí tampoco, y a ningún hombre.

El hombrecito había retrocedido de un salto cuando Markheim, de modo tan súbito, lo enfrentó al espejo; pero ahora, al comprender que nada peor que aquello se intentaba, rio entre dientes:

—Su futura esposa, señor, debe estar extrañamente favorecida —dijo.

—Le pido —contestó Markheim— un regalo de navidad y me ofrece esto... ¡este maldito recordatorio de los años, de los pecados y de las locuras, esta conciencia puesta en la mano! ¿Lo dijo en serio? ¿Lo pensó bien? Dígamelo. Será mejor si lo hace. Vamos háblame de usted. Me atreveré ahora a afirmar lo siguiente: que, en el fondo, es usted un hombre muy caritativo.

El anticuario miró fijamente a su acompañante. Era muy extraño: Markheim no parecía reír; había en su rostro algo así como una ansiosa chispa de esperanza, pero nada de alegría.

—¿A dónde quiere llegar? —preguntó el anticuario.

—¿No es caritativo? —respondió el otro, tenebrosamente—. No es caritativo, no es pío, no es escrupuloso; no ama, no es amado... la mano para obtener dinero y una caja fuerte para guardarlo. ¿Es eso todo? Por el amor de Dios, señor mío, ¿es eso todo?

—Le diré de qué se trata —comenzó el anticuario con cierta aspereza, para romper una vez más en una risa entre dientes—. Pero veo que éste es para usted un compromiso de amor, y que ha estado bebiendo a la salud de la dama.

—¡Ah! —exclamó Markheim, lleno de una curiosidad extraña—. ¡Ah! ¿Estuvo alguna vez enamorado? Háblame de ello.

—¡Enamorado! —exclamó el anticuario—. ¡Enamorado yo! Jamás tuve tiempo, ni lo tengo hoy para todas estas tonterías. ¿Quiere el espejo?

—¿Qué prisa hay? —replicó Markheim—. Es muy agradable estar aquí platicando. La vida es tan corta e insegura que no me apresuraría nunca a alejarme de ningún placer; ni siquiera de uno tan moderado como éste. Más bien debiéramos asirnos, asirnos a lo poco que nos es dado obtener, como se aferra un hombre al borde de un precipicio. Si bien lo piensa, cada segundo es un precipicio, un precipicio de una milla de profundidad, lo bastante hondo para que, si caemos en él, perdamos todo rasgo humano. Por ello, es mejor platicar placenteramente. Hablémonos. ¿Por qué llevar esta máscara? Volvámonos confidente uno del otro. ¿Quién lo sabe? Tal vez termináramos amigos.

—No tengo sino una cosa que decirle —respondió el anticuario—, o efectúa la compra o abandona mi tienda.

—Cierto, cierto —dijo Markheim—. Basta de tonterías. Vayamos al negocio. Muéstreme algo más.

El anticuario volvió a agacharse, esta vez para colocar el espejo en el estante; su escaso pelo rubio le cayó por encima de los ojos al hacerlo. Markheim se acercó un poco, una de las manos en el bolsillo de su gabán. Se irguió, llenándose los pulmones de aire. Al mismo tiempo, en su rostro se dibujaban muchas emociones diferentes: terror, horror, resolución, fascinación y una repugnancia física. A través de un gesto desfigurado de su labio superior, sus dientes quedaron a la vista.

—Tal vez esto sirva —observó el anticuario.

Y entonces, cuando comenzaba a levantarse, Markheim saltó desde atrás sobre su víctima. La delgada y larga daga brilló al caer. El anticuario luchaba como una gallina; se golpeó la sien con el estante y, en seguida, cayó sobre el piso en un montón.

El tiempo tenía una veintena de vocecillas en aquella tienda, algunas majestuosas y lentas, como correspondía a su considerable edad; otras parlanchinas y presurosas. Todas ellas contaban los segundos en un intrincado coro de tictacs. Entonces el paso de los pies de un muchacho, que corría sonoramente por el pavimento, irrumpió en medio de aquellas voces menos fuertes e hizo que, con un sobresalto, Markheim tuviera conciencia de sus alrededores. Miró en derredor con horror. La vela estaba sobre el mostrador, y la llama oscilaba solemne debido a una corriente. A causa de ese movimiento mínimo, toda la habitación estaba llena de un bullicio silencioso y no cesaba de subir y bajar como un océano: las altas sombras asentían, las grandes manchas de oscuridad se hinchaban y encogían como si respiraran, los rostros de los retratos y los dioses de porcelana cambiaban y ondulaban como imágenes en el agua. La puerta interior permanecía entreabierta y fisgaba en aquella confederación de sombras con una larga hendedura de luz diurna que parecía un dedo señalador.

Los ojos de Markheim volvieron de esos vagabundeos ceñidos por el miedo al cuerpo de la víctima, allí donde yacía a la vez encorvado y tendido, increíblemente pequeño y extrañamente más insignificante que en vida. Vestido con aquellas ropas pobres y avarientas, en aquella actitud desgarbada, el anticuario parecía un montón de aserrín. Markheim había tenido miedo de verlo y he aquí que nada era. Y sin embargo, mientras lo miraba, ese hato de ropa vieja y ese charco de sangre comenzaron a encontrar voces elocuentes. Allí debía quedar. Nadie había que diera movimiento a los hábiles goznes o dirigiera el milagro de la locomoción. Allí debía quedar hasta que lo encontraran. ¿Que lo encontraran? ¡Sí! ¿Y entonces? Entonces esa carne muerta lanzaría un grito que resonaría por toda Inglaterra, para luego llenar el mundo con los ecos de la persecución. Sí, muerto o no, aquél seguía siendo el enemigo. "El tiempo lo fue cuando el cerebro no funcionaba", pensó. Y la segunda palabra se le introdujo en la mente. El tiempo, ahora que el hecho estaba consumado; el tiempo, ya concluido para la víctima, se había vuelto perentorio e importante para el asesino.

Tenía aún en la mente aquel pensamiento cuando, primero uno y después otro, con toda posible variedad de ritmos y voces —uno profundo como la campana de una torre de catedral, otro haciendo sonar en sus notas agudas el preludio de un vals—, los relojes comenzaron a anunciar las tres de la tarde.

La súbita irrupción de tantas lenguas en aquella cámara muda lo aturdió. Comenzó a moverse, yendo de un lugar a otro con la vela, acosado por las sombras movientes, sobresaltado hasta el alma por la aparición casual de reflejos. Vio en muchos espejos suntuosos, algunos de diseño inglés, otros hechos en Venecia o Amsterdam, cómo su rostro se repetía y se repetía como si fuera un ejército de espías; tropezaba con sus propios ojos, que lo perseguían; y el sonido de sus propios pasos, leve como sonaba, turbaba la quietud circundante. Y mientras continuaba llenándose los bolsillos, su mente lo acusaba, con iteración nauseabunda, de las mil fallas presentes en su plan. Debió elegir una hora más tranquila; debió preparar una coartada; no debió usar un cuchillo; debió ser más cauteloso y únicamente atar y amordazar al anticuario, sin matarlo; debió mostrarse más atrevido y haber matado también a la sirvienta; debió hacerlo todo de otra manera. Arrepentimientos punzantes, un afán continuo y fatigoso de la mente para cambiar lo inalterable, para planear lo que era ya inútil, para ser arquitecto de un pasado irrevocable. Mientras tanto, y por debajo de toda actividad, terrores bestiales, como el escabullirse de ratas en un ático desierto, le llenaban de tumultos las cámaras más remotas del cerebro. La mano del alguacil caería pesadamente sobre su hombro, y sus nervios saltarían como un pez atrapado; o bien veía, en un transcurrir galopante, el banquillo de los acusados, la prisión, la horca y el negro ataúd.

El terror a la gente que pasaba por la calle aparecía ante su mente como un ejército sitiador. Era imposible, pensó, que algún rumor de la lucha no hubiera llegado a sus oídos, despertándoles la curiosidad. Y en ese momento, en todas las casas vecinas, los adivinó sentados en silencio, con el oído presto: gente solitaria, condenada a pasar la navidad con el solo acompañamiento de memorias venidas del pasado, con un sobresalto sacadas de ese tierno ejercicio; felices fiestas familiares, quedadas en silencio alrededor de la mesa, la madre con el dedo aún levantado: toda condición y edad y disposición, y todos, desde el corazón mismo, husmeando y escuchando y tejiendo la cuerda con que lo ahorcarían. A veces le parecía imposible moverse con la debida suavidad; el tintineo de las elevadas copas de Bohemia sonaba como una campana; alarmado por la sonoridad de los tictacs, estuvo tentado de detener los relojes. Y entonces, una vez más, con una rápida transición en la índole de sus terrores, el silencio mismo del lugar le pareció una fuente de peligros, algo que golpearía y congelaría a los

transeúntes. Y pisaba con mayor decisión, y se movía ruidoso entre los objetos de la tienda e imitaba, con baladronada muy premeditada, los movimientos de un hombre ocupado que, sin preocupaciones, andaba por su casa.

Pero se encontraba ya tan exigido por las diferentes alarmas que, estando una parte de su mente alerta y sagaz, otra temblaba en el borde mismo de la locura. Una alucinación en especial se asió con firmeza a su credulidad. El vecino que, el blanco rostro pegado a la ventana, escuchaba; el transeúnte detenido, por una suposición horrible, en la acera; podían, en el peor de los casos, sospechar, pero no saber. Sólo el sonido penetraba por las paredes de ladrillo y las ventanas cerradas. Pero aquí, en la casa, ¿estaba solo? Sabia que sí. Había visto a la sirvienta con aire de cortejo, vestida con lo mejor de su humilde ropa, diciendo en cada listón y en cada sonrisa "es mi día libre". Sí, estaba solo, desde luego. Y pese a ello, en el cuerpo de aquella casa vacía que estaba encima de él ¿no escuchaba con toda seguridad el rumor de un pisar delicado? Estaba consciente, inexplicablemente consciente de alguna presencia. Ah, era seguro. Su imaginación lo seguía por cada habitación y cada rincón de la casa; y ahora era una cosa sin rostro, pero con ojos para ver; y ahora una sombra de sí mismo; y ahora vuelve a contemplar la imagen del anticuario muerto, que de nuevo respira con astucia y odio.

A veces, con un esfuerzo enorme, miraba la puerta abierta, que parecía seguir rechazando sus ojos. La casa era de cielo raso elevado, el tragaluz pequeño y sucio, y el día ciego a causa de la niebla. La luz que se filtraba hasta la planta baja era sumamente débil, y se la veía borrosa en el umbral de la tienda. Y sin embargo, en esa franja de luminosidad dudosa, ¿no oscilaba a la espera una sombra?

De pronto, en la calle, un caballero muy jovial comenzó a golpear la puerta con su bastón, acompañando los golpes con gritos y chocarrerías, en los cuales continuamente se llamaba por su nombre al anticuario. Markheim, vuelto de hielo, echó una mirada al muerto. Pero no, seguía del todo inmóvil: había huido lejos, mucho más allá de donde podía escuchar esos golpes y esos gritos; estaba hundido bajo mares de silencio; y su nombre, que en otras ocasiones habría atraído su atención hasta en el rugir de una tormenta, se había convertido en un sonido hueco. Y al poco tiempo el caballero jovial desistió de sus llamados y partió.

He aquí una insinuación clara de que se apresurara a cumplir lo aún pendiente, que se alejara de aquel barrio acusador, que se sumergiera en un baño de multitudes londinenses y alcanzara, al otro lado del día, ese abrigo de seguridad y de supuesta inocencia: su lecho. Un visitante había venido. Otro pudiera imitarlo en cualquier momento, mostrándose más obstinado. Sería un fracaso demasiado aborrecible haber llevado a cabo el hecho y no cosechar las ganancias. El dinero, ésa era ahora la preocupación de Markheim; y como medio para obtenerlo, las llaves.

Miró por encima del hombro la puerta abierta, donde la sombra seguía aguardando y temblando. Sin ninguna repugnancia consciente en la cabeza, y sin embargo con un temblor en el vientre, se acercó al cuerpo de la víctima. Todo rasgo humano había desaparecido. Como un traje a mitades lleno de salvado, por el piso estaban desperdigados los miembros y el tronco doblado. Y sin embargo, aquella cosa le repelía. Aunque tan deslucida y nimia para el ojo, pudiera ser de más peso para el tacto. Tomó el cuerpo por los hombros y lo puso de espaldas. Se lo sentía extrañamente ligero y manejable; los miembros, como si estuvieran rotos, adoptaban las posturas más singulares. Habían robado al rostro toda expresión; pero estaba tan pálido como la cera, y horriblemente embarrado de sangre en una de las sienes. Ésa era, para Markheim, la única circunstancia desagradable. Lo hacía volver, de inmediato, a un cierto día hermoso en una aldea de pescadores: un día gris, de viento sonoro, con una multitud en la calle, y el sonar de cornetas, el resonar de tambores, la voz nasal de una baladista; y un muchachillo que, hundido de cabeza en la multitud y a medias dividido entre el interés y el miedo, iba y venía hasta que, llegado al principal lugar de reunión, vio una caseta y un telón lleno de imágenes, tristemente dibujadas y coloreadas con mal gusto: Brownrigg con su aprendiz, los Manning con su huésped asesinado, Weare en el apretón de muerte de Thurtell y una veintena más de crímenes famosos. Aquello era tan claro como una ilusión; volvió a ser aquel muchachillo; veía una vez más, y con la misma sensación de rechazo físico, los viles cuadros; aún estaba aturdido por el golpear de los tambores. A su memoria vino un compás de la música oída aquel día; y con ello, por primera vez, sufrió un remordimiento de conciencia, un golpe de náusea, una súbita debilidad en las rodillas, que de inmediato debió resistir y superar.

Juzgó más prudente enfrentarse a esas consideraciones que huir de ellas; mirar con mayor firmeza la cara del muerto, haciendo que su mente comprendiera la naturaleza y la magnitud del crimen. Muy poco antes aquel rostro se había movido con todo cambio de sentimiento, aquella boca pálida había hablado, aquel cuerpo había estado ardiendo con energías gobernables; y ahora, debido a un acto suyo, ese trozo de vida se había detenido como cuando un relojero, con dedo intruso, detiene el ritmo de un reloj. Así razonó en vano; le fue imposible alcanzar mayor arrepentimiento en su conciencia; ese corazón que antes había temblado ante crímenes pintados en imágenes, miraba a la realidad sin conmoverse. Si acaso, sentía un asomo de piedad por quien estuvo dotado, en vano, con todas esas facultades que hacen del mundo un jardín de encantamientos; alguien que jamás había vivido y que ahora estaba muerto. Pero de contrición nada, ni una vibración.

Así, librándose de aquellas consideraciones, tomó las llaves y se dirigió a la puerta abierta de la tienda. Afuera había comenzado a llover con fuerza; el sonido del aguacero sobre el tejado había desvanecido el silencio. Como si fuera una caverna rezumante, las cámaras de la casa estaban rondadas por ecos incesantes, que llenaban el oído y se mezclaban al tictac de los relojes. Y, según se acercaba Markheim a la puerta, creyó escuchar, como en respuesta a su cauteloso andar, los pasos de otros pies que se retiraban escalera arriba. La sombra seguía palpitando vagamente en el umbral. Puso en sus músculos una tonelada de resolución y tiró de la puerta.

La débil y neblinosa luz del día brilló levemente en el piso desnudo y en las escaleras; en la brillante armadura situada, alabarda en mano, en el descanso; en los oscuros tallados de la madera y en los cuadros que colgaban sobre los paneles amarillos del muro. Tan sonoro era el batir de la lluvia en toda la casa que, a oídos de Markheim, comenzó a separarse en muchos sonidos diferentes. Pisadas y suspiros, el paso de regimientos en marcha a la distancia, el tintineo de monedas en el mostrador y el rechinido de puertas abiertas furtivamente parecían mezclarse con el repiqueteo de las gotas en la cúpula y el precipitarse del agua por los caños. La sensación de no estar solo creció en él hasta el borde mismo de la locura. Presencias lo acosaban y cercaban desde todos los lados. Las oía moverse en las habitaciones superiores; oía que en la tienda, el muerto se ponía de pie; y según comenzaba, con grandes esfuerzos, a subir la escalera, había pies que huían quedamente delante de él y que a sus espaldas lo seguían con aire furtivo. ¡Si estuviera sordo, pensó, con cuánta tranquilidad dominaría mi espíritu! Y una vez más entonces, escuchando con atención renovada, se bendijo de tener aquella sensación de intranquilidad que cuidaba de las avanzadas y era centinela confiable de su vida. Su cabeza giraba continuamente sobre el cuello y sus ojos, que parecían salírsele de las órbitas, exploraban todos los lados, y en todos los lados eran recompensados a medias por el último asomo de algo imprecisable que se desvanecía. Los veinticuatro escalones hasta el primer piso fueron veinticuatro agonías.

En el primer piso las puertas estaban entornadas; tres de ellas parecían tres emboscadas, que le sacudían los nervios como las bocas de unos cañones. Nunca más, sintió, estaría suficientemente defendido y fortificado contra los observadores ojos de los hombres; ansiaba estar en casa, rodeado de muros, enterrado en su cama, invisible a todos menos a Dios. Ante aquel pensamiento titubeó un poco, recordando relatos de otros asesinos y los miedos que, se decía, tenían de una venganza divina. Eso, al menos, no ocurría con él. Temía las leyes de la naturaleza que, con sus procedimientos insensibles e inmutables, pudieran conservar alguna prueba condenatoria de su crimen. Temía, diez veces más, con un terror esclavizante y supersticioso, alguna escisión en la continuidad de la experiencia humana, alguna ilegalidad caprichosa de la naturaleza. Se dedicaba él a un juego de habilidades, en el cual dependía de las reglas y calculaba las consecuencias a partir de las causas. ¿Y si la naturaleza, como aquel tirano derrotado que tiró al suelo el tablero de ajedrez, rompiera el molde de su encadenamiento? Aquello mismo había sucedido a Napoleón (dicen los escritores) cuando el invierno cambió la fecha en que aparecía. Lo mismo pudiera ocurrirle a Markheim: los sólidos muros hacerse transparentes y revelar los actos de él como los de las abejas en una colmena; los gruesos tablones ceder bajo sus pies como arenas movedizas, inmovilizándolo en sus garras; sí, y había posibilidades más sombrías: por ejemplo, que la casa se derrumbara y lo apresara junto al cuerpo de la víctima; o que la casa vecina se incendiara y los bomberos lo rodearan por todos sitios. Temía estas cosas; y, en cierto sentido, podría llamárselas las manos de Dios, extendidas para luchar contra el pecado. Pero respecto a Dios mismo, estaba tranquilo. Sin duda que el acto cometido era excepcional, pero también lo eran las razones para cometerlo, que Dios conocía. Era allí, y no entre los hombres, que sentía la seguridad de recibir justicia.

Cuando se vio a salvo en la sala, después de haber cerrado la puerta tras sí, se dio cuenta de que se sentía libre de alarmas por un tiempo. La habitación estaba desmantelada, aparte de no tener alfombra, y llena con cajas de empaque y muebles incongruentes; había varios espejos de cuerpo entero, en los cuales se veía desde distintos ángulos, como un actor en la escena; había muchos cuadros, con y sin marco, el frente hacia la pared; había un fino aparador estilo Sheraton, un gabinete de marquetería y una enorme y vieja cama, resguardada por tapices. Las ventanas daban al exterior; para gran fortuna de él, la parte inferior de las contraventanas estaban cerradas, y esto lo ocultaba de los vecinos. Aquí, pues, Markheim puso una caja de embalaje junto al gabinete y comenzó a buscar entre las llaves. Fue un largo proceso, ya que había muchas; además, era tedioso y, después de todo, tal vez nada hubiera en el gabinete, siendo que el tiempo apremiaba. Pero lo exacto de la ocupación lo apaciguó. Con el rabillo del ojo veía la puerta e, incluso, la miraba de frente de vez en cuando, como un comandante sitiado que verifica el buen estado de sus defensas. Pero, en verdad, se encontraba en paz. La lluvia que caía en la calle sonaba de un modo natural y placentero. Al poco tiempo, por otra parte, las notas de un piano despertaron con la música de un himno, y las voces de muchos niños se unieron a la tonada y a las palabras. ¡Cuán majestuosa, cuán consoladora la melodía! ¡Cuán puras esas voces jóvenes! Markheim, sonriente, les prestó oído mientras probaba las llaves; en su mente pululaban ideas e imágenes similares; niños que iban a la iglesia y el resonar del gran órgano; niños en el campo, bañistas a orillas de un arroyo, paseantes de los campos llenos de arbustos, pilotos de cometas en el cielo ventoso y navegado por nubes; y luego, con otro cambio en la cadencia del himno, de vuelta a la iglesia, a la soñolencia de los domingos de verano, a la voz sonora y suave del párroco (y sonreía ligeramente al recordarlo) y las pintadas tumbas jacobianas, y el borroso mensaje de los diez mandamientos en el presbiterio.

Y mientras así, a la vez ocupado y reminiscente, se encontraba sentado, un sobresalto lo puso de pie. Un relámpago de hielo, un relámpago de fuego, un golpe de sangre pasaron por él; y allí quedó, transfijo y expectante. Pasos subían por la escalera lenta y regularmente, y al poco tiempo una mano se posó en la perilla de la puerta, la cerradura sonó y la puerta se fue abriendo.

El miedo tenía a Markheim en un puño. No sabía qué esperar: el muerto caminando, los oficiales encargados de la justicia humana, algún testigo casual que ciegamente entraba a la habitación para condenarlo a la horca. Pero cuando por la apertura asomó un rostro, echó un vistazo por todo el cuarto, lo miró a él, lo saludó y sonrió, como en amistoso reconocimiento, y luego desapareció, cerrando la puerta tras sí, con un grito ronco el miedo se liberó de todo control. Ante aquel sonido, el visitante regresó.

—¿Me llamó? —preguntó con tono amable.

Y diciendo esto, entró en la habitación y cerró tras sí la puerta.

Markheim, inmóvil, lo miraba con toda su fuerza. Tal vez hubiera una película frente a sus ojos, pues el contorno del recién llegado parecía cambiar y oscilar como el de los ídolos a la luz temblorosa de la tienda; en ocasiones le parecía conocerlo; en ocasiones le parecía que el otro tenía rasgos en común con él; y siempre, como una masa de terror viviente, en su pecho sentía la convicción de que aquello no era ni de la tierra ni de Dios.

Y pese a todo, la criatura presentaba una extraña apariencia cotidiana mientras, allí de pie, miraba a Markheim con una sonrisa. Y cuando agregó: "Supongo que está buscando el dinero", lo hizo en un tono de cortesía normal.

Markheim no respondió.

—Debo advertirle —prosiguió el otro— que la sirvienta dejó a su novio antes de lo acostumbrado, y pronto estará aquí. Si descubren al señor Markheim en esta casa, innecesario es describirle las consecuencias.

—¿Me conoce? —exclamó el asesino.

El visitante sonrío.

—Hace mucho que es usted uno de mis favoritos —dijo—, y por largo tiempo lo he venido observando y a menudo he procurado ayudarlo.

—¿Quién es usted? —exclamó Markheim—. ¿El diablo?

—Lo que pueda ser —respondió el otro— no influye sobre el servicio que me propongo hacerle.

—¡Puede influir —exclamó Markheim—, influye! ¿Recibir ayuda de usted? ¡No, nunca, nunca de usted! No me conoce aún; ¡gracias a Dios, aún no me conoce!

—Lo conozco —replicó el visitante con una especie de severidad o más bien firmeza amable—. Lo conozco hasta el fondo de su alma.

—¡Que me conoce! —exclamó Markheim—. ¿Quién podría conseguirlo? Mi vida no es sino un disfraz y una denigración de mí mismo. He vivido para defraudar mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen. Todos los hombres son mejores que el disfraz que crece alrededor de ellos y los asfixia. Se ve a cada uno de ellos arrastrado por la vida, como un ser a quien algunos bandidos han envuelto en una capa, ahogándole los gritos. Si tuvieran control sobre sí mismos, si pudiéramos verles la cara, serían por completo diferentes, ¡se distinguirían como héroes y santos! Soy peor que la mayoría; mi yo se encuentra más abrumado; sólo Dios y yo conocemos mis razones. Pero, de tener tiempo, podría revelarme.

—¿Ante mí? —preguntó el visitante.

—Ante usted primero que nadie —respondió el asesino—. Lo supuse inteligente. Lo consideré (ya que existe) capaz de leer el corazón. Y sin embargo, ¡pretende juzgarme por mis actos! Píenselo, ¡mis actos! Nací y he vivido en una tierra de gigantes; los gigantes me han arrastrado por las muñecas desde que nací de mi madre; los gigantes de las circunstancias. ¡Y usted me juzgaría por mis actos! Pero, ¿es incapaz de ver dentro de mí? ¿No puede comprender que el mal me es odioso? ¿No alcanza a ver dentro de mí la clara escritura de mi conciencia, jamás borrada por ninguna sofistería caprichosa, aunque demasiado a menudo la haya hecho de lado? ¿No puede ver en mí eso que seguramente debe ser común a la humanidad: un pecador involuntario?

—Todo esto ha sido expresado con mucho sentimiento —fue la respuesta—, pero no me concierne. Esos puntos de apoyo están más allá de mis límites, y nada me interesa qué compulsión pueda haberlo arrastrado, siempre y cuando haya sido en la dirección correcta. Pero el tiempo vuela. La sirvienta se demora porque mira los rostros de la multitud y los retratos en los tableros de avisos, pero aun así se acerca; y recuerde, ¡es como si la horca misma caminara hacia usted a través de las calles navideñas! ¿Quiere que lo ayude? ¿Quiere que lo ayude yo, que lo sé todo? ¿Quiere que le diga dónde encontrar el dinero?

—¿A qué precio? —preguntó Markheim.

—Le ofrezco el servicio como un regalo de navidad —replicó el otro. Markheim no pudo evitar el sonreír con una especie de triunfo amargo.

—No —dijo—, no aceptaré nada de usted. Si estuviera muriendo de sed y fuera su mano la que pusiera el jarro en mis labios, encontraría valor para rechazarlo. Tal vez sea crédulo, pero nada haré para ponerme en poder del mal.

—No tengo objeciones a un arrepentimiento en el lecho de muerte —observó el visitante.

—¡Porque no cree en su eficacia! —exclamó Markheim.

—No he dicho eso —replicó el otro—, pero miro esas cosas desde una perspectiva diferente, y cuando la vida ha concluido, mi interés cesa. El hombre vivió para servirme, para diseminar opiniones oscuras a socapa de la religión, o para sembrar cizaña, como usted lo hace, en el transcurso de un frágil acatamiento del deseo. Ahora que se acerca tanto a su liberación, sólo un servicio más puede agregar: arrepentirse, morir sonriendo y, con ello, aumentar la confianza y la esperanza de los más timoratos de mis seguidores supervivientes. No soy un amo tan duro. Pruébeme. Acepte mi ayuda. Complázcame mientras viva como lo ha hecho hasta ahora; complázcame con mayor generosidad, ocupe con sus codos toda la mesa; y cuando la noche comience a caer y a correrse el telón le diré para consolarlo que encontrará incluso fácil el resolver su lucha contra la conciencia, y el lograr una paz de acatamiento con Dios. Vengo ahora mismo de un lecho de muerte semejante, y la habitación estaba llena de dolientes sinceros, que escuchaban las últimas palabras del hombre; y cuando miré aquel rostro, que a modo de pedernal había sido opuesto a la misericordia, encontré que sonreía con esperanza.

—Y entonces, ¿me supone usted ese tipo de criatura? —preguntó Markheim—. ¿Piensa que no tengo aspiración más generosa que pecar y pecar y pecar para, finalmente, colarme en el cielo? Mi corazón se rebela ante tales pensamientos. ¿Es ésta, entonces, la experiencia que ha

tenido con la humanidad? ¿O supone en mí esa bajeza porque me ha descubierto in fraganti? ¿Es este asesinato en verdad tan impío que haya secado las fuentes mismas de la bondad?

—El asesinato no representa a mis ojos una categoría especial —replicó el otro—. Todos los pecados son un asesinato, tal como toda vida es una guerra. Considero a su especie como marinos muertos de hambre sobre una balsa, que arrancan mendrugos de las manos del hambre y se alimentan de la vida ajena. Sigo a los pecados más allá del momento en que se los comete; en todo encuentro que la muerte es la consecuencia última; a mis ojos, la hermosa doncella que engaña a su madre con gracias seductoras respecto a un baile, no menos visiblemente muestra el gotear de la sangre humana que un asesino como usted. ¿Dije que sigo los pecados? También las virtudes. No se diferencian ni por el grueso de una uña, pues ambos son guadañas para el ángel cosechador de la muerte. El mal, para el cual vivo, no consiste en un acto, sino en el carácter. Me es querido el hombre malo, no el acto malvado cuyos frutos, si pudiéramos seguirlos lo bastante lejos en la impetuosa catarata de las edades, bien pudieran resultar más bien aventurados que los de las virtudes más exquisitas. Y no le ofrezco favorecer su escape porque haya asesinado a un anticuario, sino porque es Markheim.

—Abriré mi corazón ante usted —respondió Markheim—. Este crimen en que me ha sorprendido será el último para mí. En el camino he aprendido muchas lecciones; él mismo es una lección, una lección de peso. Hasta el presente me encaminaba con repugnancia a lo que no debía hacer; era esclavo de la pobreza, esclavo obligado y castigado con dureza. Hay virtudes robustas que pueden resistir esas tentaciones; no la mía. Tengo sed de placer. Pero hoy, de este acto, derivo advertencia y riquezas; tanto el poder como una resolución renovada de ser yo mismo. En todas las cosas seré un actor libre en el mundo; comienzo a verme como un ser cambiado, las manos agentes de la bondad y el corazón en paz. Algo viene a mí desde el pasado; algo en lo que he soñado los domingos al anochecer cuando escucho el órgano de la iglesia, que he predicho cuando derramo lágrimas sobre los libros nobles, o de lo que hablé, siendo un niño inocente, con mi madre. He ahí mi vida. Me extravié por unos años, pero ahora veo, una vez más, la ciudad de mi destino.

—Supongo que piensa emplear este dinero en la bolsa de valores —subrayó el visitante—. Y, si no me equivoco, ya perdió en ella algunos miles.

—Ah —dijo Markheim—, pero en esta ocasión tengo algo seguro.

—Esta vez, de nuevo, perderá usted —replicó el visitante con suavidad.

—¡Ah, pero guardaré la mitad! —gritó Markheim. —También la perderá —dijo el otro.

En la frente de Markheim comenzó a brotar sudor.

—Bien, pues entonces ¿qué importa? —exclamó—. Digamos que lo pierdo, digamos que vuelvo a caer en la pobreza, ¿seguirá una parte de mí, la peor, dominando hasta el final a la mejor? El mal y el bien corren por mí fuertes, jalándome en ambas direcciones; no amo una de las cosas, las amo todas. Puedo concebir grandes hechos, renunciaciones, martirios; y aunque haya caído en un crimen tal como el asesinato, no es la piedad extraña a mis pensamientos. Siento piedad de los pobres, pues ¿quién mejor que yo conoce sus aflicciones? Siento piedad por ellos y los ayudo; aprecio el amor, amo las risas honestas; no hay en la tierra cosa buena o verdadera que no ame desde el fondo de mi corazón. ¿Habrán mis vicios de dirigir mi vida y mis virtudes carecer de eficacia, como una carga pasiva que tuviera en la mente? No. También la bondad es fuente de acciones.

El visitante levantó un dedo.

—He observado que en los treinta y seis años que lleva en este mundo —dijo—, a través de muchos cambios de fortuna y muchas variaciones de temperamento, su caída ha sido constante. Hace quince años lo hubiera sobresaltado un robo. Hace tres, hubiera palidecido ante la mención de la palabra asesinato. ¿Hay algún crimen, alguna crueldad vil, ante el cual todavía retroceda? ¡Dentro de cinco años lo sorprenderé en ese hecho! Su camino señala hacia abajo, siempre hacia abajo, y nada sino la muerte puede detenerlo.

—Cierto —dijo Markheim roncamente—, en alguna medida he obedecido al mal. Pero así ocurre con todos; los santos mismos, en el mero ejercicio de vivir, se vuelven menos refinados y adoptan el tono de su circunstancia.

—Le haré una pregunta sencilla —dijo el otro—. Mientras responde, le presentaré su horóscopo verbal. En muchas cosas se ha vuelto más laxo; tal vez tenga razón en ser así; de cualquier manera, ocurre lo mismo con todos los hombres. Pero, concedido eso, ¿es usted en cualquier aspecto particular, no importa cuán insignificante, más difícil de satisfacer en su conducta, o en todas las cosas se conduce con rienda más suelta?

—¿Cualquiera? —repitió Markheim, con pensamiento angustiado—. ¡No —agregó con desesperación—, en ninguno! En todos he ido cayendo.

—Entonces —dijo el visitante—, conténtese con lo que es, pues nunca cambiará. Y las palabras expresadas por usted en esta etapa han quedado irrevocablemente escritas.

Markheim estuvo callado por un largo tiempo y, a decir verdad, fue el visitante quien rompió el silencio:

—Estando las cosas así —preguntó—, ¿le mostraré dónde se encuentra el dinero? —¿No hay gracia? —preguntó Markheim.

—¿No hizo el intento ya? —replicó el otro—. Hace dos o tres años, ¿no lo vi en el estrado de las reuniones religiosas, su voz la más sonora en el canto de los himnos?

—Es verdad —dijo Markheim—, y ahora veo con claridad cuál es el deber pendiente. Desde el fondo de mi alma le agradezco esas lecciones. He abierto los ojos y, por fin, me veo tal como soy.

En ese momento, la nota aguda del timbre sonó por toda la casa. El visitante, como si fuera ésta una señal concertada de antemano, que hubiera estado esperando, cambió al punto de comportamiento.

—¡La sirvienta! —gritó—. Ha regresado, como se lo advertí, y ahora queda ante usted un trozo de camino más difícil. Debe decirle que su amo se siente mal; déjela entrar con rostro firme, pero serio; nada de sonrisas, no sobreactúe ¡y le prometo que tendrá éxito! Una vez que la chica esté dentro, la misma destreza que le sirvió para deshacerse del anticuario eliminará este último obstáculo en su salida. De ahí en adelante, tendrá toda la tarde, toda la noche de ser necesario, para saquear los tesoros de la casa y asegurar la huida. Es una ayuda que viene disfrazada de peligro. ¡Arriba! —gritó—. ¡Arriba, amigo mío, que su vida está en la balanza! ¡Arriba, a actuar!

Markheim miró fijamente a su consejero.

—Si estoy condenado a realizar actos malignos —dijo—, queda abierta una puerta de libertad: dejar de actuar. Si mi vida es algo dañino, puedo entregarla. Aunque me encuentre, como acertadamente dice usted, presto a toda tentación menuda, puedo aún, con un gesto decisivo, ponerme fuera de su alcance. Mi amor por el bien está condenado a la esterilidad, ¡así sea! Pero sigo conservando mi odio por el mal y, de allí, para amarga decepción de usted, verá que saco energía y valor.

Los rasgos del visitante comenzaron a mostrar un cambio maravilloso y bello: brillaron y se suavizaron en son de tierno triunfo y, a la vez que se iluminaban, se atenuaban y borraban. Pero Markheim no esperó a observar o comprender la transformación. Tras abrir la puerta, bajó las escaleras muy lentamente, hundido en pensamientos. Ante él pasó sobriamente su pasado y lo miró tal y como era: feo y tenaz cual un sueño, impredecible como la muerte en una reyerta, una escena de derrota. La vida, cuando así la miraba, no lo tentaba más; pero al otro lado percibía un puerto tranquilo para su barca. Se detuvo en el pasillo y miró dentro de la tienda, donde la bujía aún ardía junto al cadáver. Había un silencio extraño. Mientras miraba al anticuario, en su mente pulularon pensamientos sobre él. Y entonces el timbre irrumpió una vez más con sonar impaciente.

En el umbral se enfrentó a la sirvienta con algo parecido a una sonrisa:

—Es mejor que busque a la policía —dijo—. He matado a su amo.